

***Economía heterodoxa: Aportes recientes
del institucionalismo***

Francisco A. Catalá Oliveras
Serie de Ensayos y Monografías
Núm. 77
junio de 1996

Economía heterodoxa: Aportes recientes del institucionalismo

Francisco A. Catalá Oliveras*

“There are no iron economic laws,
there are only man-made
economic institutions”.

Thorstein Veblen.

Resumen: Este artículo trata de los aportes recientes de la escuela institucionalista al proceso de cambio económico. Destaca la llamada dicotomía institucionalista, que se remonta a Veblen, así como el fenómeno de la dependencia de senda. Además, reseña sucintamente las coordenadas básicas de los modelos evolucionistas que intentan capturar la visión institucionalista del proceso de cambio.

Introducción

La escuela institucionalista cuenta con una larga tradición como alternativa crítica a la ortodoxia económica. Aunque tal tradición se vincula principalmente con la corriente norteamericana de pensamiento representada desde principios de siglo por Thorstein Veblen (1857-1929),--- y continuada por Wesley C. Mitchell (1874-1948), John R. Commons (1862-1945) y varias generaciones de discípulos--- no se circunscribe a la misma. Se complementa con otras corrientes como el “cuasi-institucionalismo” y el “neo institucionalismo” (Landreth y Colander, 1994, pág. 389).

Entre los llamados “cuasi-institucionalistas” se citan a economistas como Joseph Schumpeter, Gunnar Myrdal y John Kenneth Galbraith. Se trata de autores con una obra heterogénea que, aunque influída por e influyente en el campo institucionalista, no encaja a la perfección en la tradición de esta heterodoxia. Por su parte, los “neoinstitucionalistas”--- entre los que se destaca a Oliver Williamson, Ronald Coase y Douglas North--- están más

*. Catedrático, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Sociales, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico. Agradezco los comentarios de los lectores anónimos.

inscritos en la ortodoxia neoclásica así como en el enfoque de derechos de propiedad liderado por James Buchanan y Gordon Tullock (Samuels, 1995, pág. 578). Analizan la dinámica institucional en el marco del neoclasicismo, con las consabidas premisas maximizadoras y la preponderancia del mercado como organización económica.

En este ensayo nos ubicaremos en la corriente del institucionalismo que parte de Veblen. Por lo tanto, las referencias a los “cuasi-institucionalistas” y “neoinstitucionalistas” serán de carácter marginal. El eje es el examen de la dicotomía institucionalista (conducta ceremonial vs. conducta instrumental) y el concepto de la dependencia de senda. Ambos fenómenos, cruciales en la visión institucionalista de la dinámica social, son particularmente pertinentes para una comprensión más cabal del proceso de desarrollo.

Dicotomía institucionalista

La escuela institucionalista, en la tradición de Veblen, difiere de la visión neoclásica de una economía en que los recursos escasos son asignados entre usos alternativos por las fuerzas objetivas del mercado. La determinación real de tal asignación es función de la estructura organizativa de la sociedad, es decir, sus instituciones. Veblen definía a éstas como maneras de hacer las cosas, modos de pensar sobre las relaciones y funciones de las personas y la comunidad, esquemas de vida:

“The institutions are, in substance, prevalent habits of thought with respect to particular relations and particular functions of the individual and of the community; and the scheme of life, which is made up of the aggregate of institutions in force at a given time or at a given point in the development of any society, may, on the psychological side, be broadly characterized as a prevalent spiritual attitude or a prevalent theory of life”. (Veblen, 1934, pág. 190)

Las instituciones no son para Veblen un factor dinámico en el desarrollo cultural. Son más bien restricciones formales (v.g. leyes, constituciones) e informales (v.g. hábitos) en que queda encajada la gestión de las organizaciones como son los sindicatos, las empresas, y el Estado. El cambio, por tanto, es originado fuera del orden institucional ya que se presume que los hábitos o visiones de mundo tienden a persistir indefinidamente. Estos son factores que favorecen la “inercia social”. (ibid, pág. 191). Tal apreciación conduce a Veblen a su famosa dicotomía entre conducta institucional (o ceremonial) y conducta tecnológica (o instrumental). El elemento ceremonial se orienta a la conservación del orden establecido, mientras que el elemento instrumental se orienta al cambio. El primero es un conjunto normativo mientras que el segundo se refiere a un proceso tecnológico-productivo. Esta dicotomía se manifiesta en el carácter ceremonial de la “clase ociosa” (también llamada “dueños ausentistas” y “capitanes de la industria”) en contraste con el carácter instrumental de la clase trabajadora (también referida como clase del “hombre común” y clase de “ingenieros”).¹ La interacción entre el orden ceremonial y la dinámica tecnológica constituye la fuerza motriz del cambio en el paradigma institucionalista.

Pero la visión de Veblen respecto a las instituciones como restricciones formales e informales podría dar lugar a una interpretación de sesgo tecnológico en la interacción de los elementos de la dicotomía institucionalista. Esto ha provocado que sus seguidores hayan intentado trascender la noción limitante del orden institucional, postulando que éste por un

1. Esta conducta instrumental postulada por Veblen luce como precedente de la “innovación schumpeterina”: nuevos productos, nuevos métodos de producción, nuevos mercados, nuevas organizaciones. Schumpeter le atribuye esta función innovadora a la clase empresarial. Señala que la iniciativa o el espíritu empresarial (“entrepreneurship”) puede aletargarse con el “éxito” el capitalismo, lo que para Veblen significa el desarrollo de la clase ociosa. La diferencia de enfoque obedece a que Veblen es un crítico del orden establecido y de la economía tradicional. Schumpeter no lo es.

lado restringe opciones y por otro es capaz de abrir posibilidades que, a su vez, pueden actuar como vías de cambio (Adams, 1993, pág. 255).

Otra vía pertinente es la que arguye que la estructura institucional de una economía puede concebirse como función de un proceso de histéresis (Setterfield, 1993). Se da el fenómeno de histéresis cuando el valor de largo plazo de una variable depende del valor que asumiera la misma en su historia previa en virtud de la influencia que dichos valores pasados ejercieron en las variables exógenas, coeficientes y ecuaciones estructurales que caracterizan al sistema que, a su vez, determina la variable. En la dimensión institucional el proceso de histéresis se da cuando el orden institucional vigente influye en la actividad económica que, a su vez, influirá en la forma que asuman las instituciones en el largo plazo. De esta forma, las instituciones actúan como restricciones exógenas en el corto plazo y como resultados endógenos en el largo plazo.²

Por otro lado, para los institucionalistas tales influencias en la dinámica del cambio no son la consecuencia de una evolución natural de carácter generoso. Los instrumentos para orientar el cambio (v.g. conocimiento, destrezas) están “ceremonialmente encapsulados” por las fuerzas sociales que detentan el poder (Hayden, 1993, pág. 291). Como señala William Dugger, desde la óptica de lo que se podría denominar institucionalismo radical, “las instituciones no son fieles a la eficiencia social sino a los intereses de aquellos lo suficientemente poderosos para establecerlas” (Dugger, 1995, pág. 456).

2. Esta propuesta de Mark Setterfield se hace en el contexto de las diferencias entre el institucionalismo tradicional, que parte de Veblen, y el llamado neoinstitucionalismo, vinculado al programa de investigación neoclásico. La preponderancia que asume el mercado en el paradigma de los neoinstitucionalistas los lleva a postular que las instituciones de la economía capitalista surgen espontáneamente, y son completamente endógenas a la actividad maximizadora de los agentes en el mercado. Es evidente la intención reconciliadora de Setterfield al otorgarle dimensiones tanto exógenas como endógenas al fenómeno institucional.

El problema central en la actualidad es, según Dugger, la hegemonía institucional de la corporación. En la medida en que otras instituciones se debilitan o pierden independencia, la cultura corporativa desplaza al pluralismo institucional (Dugger, 1987). Básicamente, el fenómeno consiste en la adquisición de los valores corporativos por parte de otras organizaciones que se presume deberían responder a otras normas.³

Tales planteamientos suscitan las interrogantes de cómo romper con el “encapsulamiento institucional” y en aras de qué. Es decir, ¿se puede realizar un diseño institucional en función de determinados fines sociales? No pasemos por alto que los institucionalistas jugaron un papel central en los Estados Unidos durante las décadas de 1930 y 1940, cuando se articuló el Nuevo Trato y la base del Estado Benefactor. De hecho, durante esos años se da lo que luego se ha llamado activismo institucional, encabezada por economistas como John R. Commons, Wesley C. Mitchell, Walton Hamilton, John M. Clark, Gardiner Means, Adolf Berle y Rexford Tugwell.⁴ Coincide este activismo con el surgimiento del paradigma keynesiano, ambos propugnando un rol más activo por parte del Estado. La diferencia radica en que mientras el institucionalismo forjó una red institucional pública de intervención directa, el keynesianismo se orientó hacia políticas indirectas de estabilización. Pero, ciertamente, ambos contrastan con las premisas de autorregulabilidad

3. Cuando la eficiencia pública se confunde con la eficiencia privada, cuando se concibe a la universidad como a una fábrica, o cuando los motivos religiosos son eminentemente pecuniarios, es claro el proceso de “contaminación institucional”.

4. Rexford Tugwell, gobernador de Puerto Rico durante los primeros años de la década de 1940, cuando se lleva a cabo una profunda transformación institucional en el país, es citado como uno de los miembros del equipo del Presidente Roosevelt más destacado en la forjación de los programas de conservación de suelos, de rehabilitación de inquilinos, de reconocimiento de derechos laborales, y de protección al consumidor (Hayden, 1993, pág. 283).

del mercado del paradigma neoclásico y con la política de desmantelamiento institucional favorecida por el neoliberalismo.

De todas formas, persisten las interrogantes respecto a las posibilidades del diseño institucional. Para una consideración más cabal de éstas resulta imperativo referirse a la visión institucionalista del desarrollo y del fenómeno de la dependencia de senda (“path dependence”).

Dependencia de senda

El institucionalismo, a diferencia de la economía ortodoxa, ha sido más influenciado por el evolucionismo biológico que por el mecanicismo físico. Este enfoque evolucionista rechaza la concepción del cambio a base de explicaciones monocausales y lineales en favor de explicaciones multifactoriales y curvilíneas (Samuels y Schmid, 1994). La sociedad está inscrita, entonces, en un proceso de “causalidad acumulativa” en que se conjugan medios y fines en una relación de interacción.

El proceso de desenvolvimiento social es uno en que las condiciones iniciales cuentan, pero en que es posible una gama de múltiples futuros. No es de carácter teleológico. El institucionalismo, por tanto, rechaza la visión de tendencia hacia el equilibrio y la convergencia de los neoclásicos, como la visión de etapas históricas progresivas culminando en el comunismo de los marxistas. No hay un “estado asintótico” que podamos utilizar como guía para aproximarnos a un fin ideal (Hodgson, 1995). Esto no niega el progreso, sino su inevitabilidad. Dicho sea de paso, la crítica institucionalista a la teleología

neoclásica y marxista no está reñida con la aceptación de muchos de los postulados y del instrumental analítico de éstos, aunque haya diferencias en relación a su peso y a su uso.⁵

Cuando se arguye que el desarrollo y el progreso no son inevitables se está aceptando la sencilla premisa de que “la historia cuenta”. El precedente histórico tiene un gran peso en la articulación institucional simple y llanamente porque cada componente adicional tiene que encajarse o adaptarse a la estructura preexistente que, para empezar, es de donde se genera. Esto presume un proceso continuo en lugar de un salto discreto. Pero esto último, lo que podría significar una gran ruptura institucional, también ha ocurrido, aunque no sea lo previsto desde la óptica evolucionista (David, 1994). En todo caso, la clave radica en la dependencia de senda (“path dependence”): una serie de sucesos y de circunstancias pueden generar soluciones o políticas que, una vez prevalezcan, encaminan a la sociedad por rutas particulares que pueden conducir al desarrollo, al estancamiento, o a la decadencia.

Quizás podemos intentar resumir el fenómeno de “dependencia de senda” con la rearticulación de dos dichos sumamente populares: 1) “No todos los caminos conducen a Roma”, 2) “El fin no justifica los medios, más bien éstos esculpen a aquél”. Con esto queremos significar que el arreglo institucional o la particular tecnología que escojamos hoy, sí cuenta en el camino que tendremos abierto mañana.

Los institucionalistas no se plantean, generalmente, objetivos definidos como finalidades predeterminadas, sino como aspiraciones de progreso entendido como soluciones

5. Algunos de los institucionalistas consideran que su enfoque es mutuamente excluyente con el de los neoclásicos. Otros, sin embargo, consideran que los distintos abordajes teóricos resultan suplementarios (Samuels, 1995). Con el marxismo se citan numerosos denominadores comunes como lo es el enfoque holístico, el énfasis en la dinámica tecnológica, y el papel clave del poder en la asignación de recursos. e plantean también analogías entre la dialéctica y la praxis en Marx y la dicotomía entre la conducta ceremonial y la conducta instrumental que sirve de eje al institucionalismo. (Shuklian, 1995).

a los problemas de hoy a la misma vez que mejoramos la capacidad para resolver los de mañana. Uno de los principios rectores en tal esfuerzo es “la continuidad de la vida humana y la recreación digna del orden social a través del uso instrumental del conocimiento” (Tool, 1987, págs. 225-243).⁶

El abordaje a todo problema comienza por identificar las estructuras sociales en que éste se da. Aunque la solución técnica al problema sea evidente (para el problema del hambre hay que proveer alimentos y para la agricultura que requiera riego hay que proveer agua), la clave radica muchas veces en la identificación del orden institucional que inhibe la búsqueda de la respuesta y del ajuste institucional que incentivaría tal búsqueda. Esto, evidentemente, es consistente con la dicotomía institucional de la conducta ceremonial, propiciatoria de inercia, y de la conducta instrumental, generadora de cambio.

La “conducta instrumental”, el “desarrollo”, el “progreso”, no se toman prestados. Requieren un marco institucional favorable a una dinámica tecnológica orientada a la solución de problemas. Esa búsqueda tiene que ser autónoma, lo que supone ganar “la capacidad independiente de aprender tecnología” y la “capacidad independiente de generar tecnología” (Dietz, 1993, pág. 273). Y aquí tecnología se refiere no sólo a la dimensión científica e instrumental, incluyendo técnicas organizativas, sino también a la dimensión del conocimiento y las destrezas que permiten el uso, y la innovación en el uso, de toda la base instrumental. ¿Cuándo finaliza tal ajuste o dinámica institucional? Nunca. Si finalizara sería porque la sociedad se ha atascado en uno de los polos de la dicotomía institucionalista:

6. Este principio institucionalista acuñado por Marc Tool no está exento de críticas. Entre otras, se alega que viola el relativismo cultural (Hoksbergen, 1994).

ha quedado “ceremonialmente encapsulada”. Ha perdido la capacidad de transitar, de desenvolverse a lo largo del tiempo, de ajustar sus instituciones para confrontar nuevos problemas o nuevas expresiones de los viejos problemas. Este atascamiento puede deberse, paradójicamente, a que el instrumental que se articuló como fuerza dinámica en un momento se convierte, sobre todo si se ha percibido como exitoso, en elemento ceremonial que permite su supervivencia mucho más allá de su vida útil. Y aunque el instrumental no haya perdido del todo su utilidad, cuando asume naturaleza ritual obstaculiza la búsqueda de otros mecanismos o alternativas de desarrollo.⁷

Quedar “ceremonialmente encapsulados” significa pérdida de flexibilidad, lo que se traduce en cierre de búsqueda de opciones de desarrollo. Gustav Ranis lo expresa elocuentemente:

“If there is one key to developmental success, it is avoiding the encrustation of ideas”. (Ranis, 1995, pág. 510).

En el análisis de los casos de Corea y Taiwán, Ranis concluye que para el éxito en el desarrollo es crucial tomar en consideración tanto las condiciones iniciales como las diversas fases del proceso, que no son universales sino que en cada país la senda asume su forma particular.⁸ La transición de una a otra fase requiere de ajustes institucionales que, a nuestro entender, se orientan, entre otras cosas, a evitar el “encapsulamiento ceremonial”

7. Podría argüirse que el mecanismo de la exención contributiva para promover el capital externo en Puerto Rico se ha ido convirtiendo en un elemento ceremonial definitorio de un sistema político, lo que nos ha encajado en una senda de difícil escapatoria.

8. Le debo al profesor Juan Lara no únicamente que me llamara la atención sobre el artículo de Ranis, sino su interpretación sobre el mismo.

y tender puentes de transición que promuevan eslabonamiento sectorial y eviten diferencias abismales entre los trabajadores de la industria y los del resto de la economía.

El juego institucional en los países desarrollados así como en los países que recientemente han demostrado un gran dinamismo económico, como los llamados tigres asiáticos, no puede pasarse por alto. Ni en un caso ni en otro puede el esfuerzo por superar el subdesarrollo caracterizarse como articulado a base de la expansión de las instituciones estrictamente del mercado y del desplazamiento del gobierno de la esfera económica, como presume el paradigma neoclásico y recomienda la política neoliberal. El proceso ha sido y es mucho más complejo, interviniendo controles, incentivos, subsidios, mecanismos de protección, operaciones de producción estatal, gestiones laborales, tratados internacionales, en fin, una red de actividades (diversas en cada fase y en cada contexto cultural) que difícilmente pueden reducirse al monismo del mercado sin falsificar la realidad.

Desafortunadamente, la economía ortodoxa se ha orientado eminentemente por el rigor formal. Parece preferir el sacrificio del realismo antes que renunciar al formalismo. Esto ha propiciado la hegemonía de la escuela neoclásica en perjuicio de otras corrientes como el institucionalismo. Sin embargo, están comenzando a soplar vientos en otra dirección que pueden enriquecer el instrumental analítico del enfoque institucional y evolucionista.

Apunte en torno a los modelos evolucionistas

Kenneth Boulding solía lamentar que el cálculo diferencial y los métodos de optimización dinámica, que tan bien le han servido a los teóricos neoclásicos, no resultan adecuados para representar formalmente al proceso evolutivo de la economía (Boulding,

1981). La construcción de modelos ha estado, por tanto, más a tono con Newton que con Darwin. Pero recientemente, con los avances realizados en la tecnología de las computadoras, se han comenzado a simular sistemas dinámicos que contienen complejos procesos de retroalimentación y estructuras de rezago. También ha cobrado pertinencia el análisis de bifurcación y el desarrollo de modelos estocásticos no lineales. Con estos modelos de sistemas dinámicos ya se están simulando procesos evolutivos y fenómenos de dependencia de senda (Radzicki y Sterman, 1994).

Aparte de ser dinámicos y capaces de captar algún tipo de conducta no conducente al equilibrio, los modelos económicos evolutivos tienden a caracterizarse por uno o más de los siguientes rasgos: dependencia de senda, capacidad de autoorganización, múltiples equilibrios, y conducta caótica. Se le da particular énfasis a la idea de la "irreversibilidad del tiempo", es decir, no se puede borrar lo ya acontecido ni se puede dar marcha atrás.⁹ Los modelos convencionales de crecimiento económico violan esta regla ya que sus rutas temporales se pueden revertir alterando los signos de sus parámetros (ibid, pág. 63).

La condición irreversible del tiempo está vinculada al fenómeno de histéresis, al que hiciéramos referencia anteriormente. En esta instancia se refiere a la incapacidad de que un sistema, que ha sido alterado por una fuerza externa, pueda volver a su situación inicial después que la fuerza externa esté ausente. Este enfoque ha sido utilizado, por ejemplo, para explicar por qué una empresa no se retira de unos proyectos de inversión después que desaparecen las condiciones iniciales que parecían garantizar su rentabilidad (Dixit, 1992). También se vincula con el fenómeno de entropía o la segunda ley de la termodinámica, que

9. La sabiduría popular resume esta restricción, con la conocida frase "A lo hecho, pecho".

postula que los sistemas dinámicos generan entropía o desorden a lo largo del tiempo, lo que imposibilita que retornen a su estado original.¹⁰

Otro rasgo central en estos modelos de dinámica de sistemas es la aceptación de la “racionalidad limitada” (“bounded rationality”), lo que significa que el proceso decisional es de carácter heurístico, seleccionándose tal o cual base de información o clave para tomar la decisión. Herbert Simon, que acuñó el concepto, lo resume así:

“The capacity of the human mind for formulating and solving complex problems is very small compared to the size of the problem whose solution is required for objectively rational behavior in the real world or even for a reasonable approximation to such objective rationality” (Simon, 1957, pág. 198).

Como guía para la articulación de modelos evolutivos o dinámicos, Radzicki y Sterman (1994, pág. 67) destacan cuatro puntos: (1) el comportamiento dinámico del sistema emana de su estructura; (2) la simulación del sistema requiere la identificación y representación de tal estructura; (3) el proceso decisional es de racionalidad limitada; y (4) el descubrimiento de las reglas decisionales que utilizan los agentes requiere trabajo empírico. En su formulación matemática, los modelos consisten generalmente de sistemas de ecuaciones diferenciales no lineales.

Por su parte, Resnick y Wolff (1994, pág. 39) recalcan que estos nuevos enfoques teóricos suponen rechazar la verdad singular por diferentes verdades, la determinación por las indeterminaciones, la certeza por la incertidumbre, la necesidad por la contingencia, el orden por el desorden, y el conservadurismo por el cambio. Nos parece evidente que las premisas modernistas de carácter universalista, objetivista y monista, confrontan

10. Uno de los pioneros en la introducción de las lecciones de la Termodinámica en el análisis económico fue Georgescu-Roegen (1971).

alternativas de carácter contextualista (los fenómenos son función de muchos factores particulares en el tiempo y en el espacio); subjetivista (los sistemas no se entienden separados de nuestras percepciones valorativas); y pluralista (los sistemas complejos se entienden a través de patrones alternos de pensamiento que necesariamente representan diversas simplificaciones de la realidad). Esto nos aleja de las concepciones tradicionales de la economía ortodoxa, cuya teorización se montaba en el racionalismo, generando deducciones lógicas a partir de “verdades evidentes”.

Conclusiones

La visión del desarrollo como una relación mecánica de etapas progresivas consecuencia de la acumulación de capital guiada por agentes maximizadores interactuando en el mercado es, en el mejor de los casos, incompleta. Se trata, en todo caso, de una dinámica coevolutiva de todos los elementos del tejido social: conocimiento, valores, organizaciones, tecnología... Esta dinámica se intenta explicar mediante la dicotomía institucionalista, que planteara inicialmente Veblen, entre la conducta ceremonial y la conducta instrumental. Romper las fuerzas de la inercia social o del “encapsulamiento ceremonial” presume el diseño de nuevas tecnologías en un marco institucional que lo propicie. El desarrollo, por tanto, no trata del mercado, aunque éste pueda ser una de las organizaciones que se utilice como medio, sino de la conducta de los agentes de la transformación, es decir, los seres humanos.

Tal conducta, generadora de y a la vez constreñida por las instituciones, es la que coloca a los países en una posición o en otra. La llamada ventaja comparativa no es

definida por la dotación de tales o cuales recursos naturales (sin que ello signifique que no cuentan), sino por la certeza y agilidad en el diseño institucional. La pobreza de la teoría del desarrollo, particularmente en su versión neoclásica, radica precisamente en su vacío institucional. Se limita básicamente a presumir el carácter inhibitor de las instituciones no mercantiles y la acción positiva que supondría el desplazamiento de éstas por el mercado. Es reduccionista.

El carácter no teleológico del institucionalismo, la posibilidad de un abanico de futuros inscritos en una dependencia de senda, aleja aún más a esta heterodoxia económica de los referentes convencionales del desarrollo económico. Ha sido precisamente este rasgo no determinista lo que ha inspirado la articulación de los modelos evolutivos.

La fortaleza de la teoría neoclásica, su formalismo y consistencia lógica interna, ha sido también su debilidad ya que ha operado como restricción en el examen del objeto de estudio. Ahora, la crítica a dicho paradigma así como las alternativas teóricas al mismo lucen fortalecidas con el formalismo provisto por los modelos dinámicos de sistemas. No obstante, hay que reconocer el precedente de Veblen y de sus seguidores institucionalistas, realizado antes de la era de las computadoras y sin mayor uso del lenguaje matemático, de suerte que las nuevas teorizaciones estimulen la búsqueda de opciones en lugar de resultar inhibitoras. No debe juzgarse la pertinencia de un enfoque, o el uso de tal o cual variable, exclusivamente por su susceptibilidad de análisis formal.

Ignoramos la ruta o la dependencia de senda que definirá al impredecible abanico de futuros del análisis económico y de su objeto de estudio. Pero, ciertamente, se puede

llevar un buen caso a favor de la tolerancia intelectual y del pluralismo metodológico, rasgos ausentes en la ortodoxia y en muchas heterodoxias.

Referencias

- Adams, John (1993), "Institutions and Economic Development: Structure, Process, and Incentive", en Marc R. Tool (ed.), Institutional Economics: Theory, method policy, Kluwer Academic Publishers, Boston.
- Boulding, Kenneth (1981), Evolutionary Economics, Sage, Beverly Hill. David Paul (1994), "Why are Institutions The Carriers of History: Path Dependence and the Evolution of Conventions, Organizations and Institutions", Structural Change and Economic Dynamics, Vol. 5, No. 2, diciembre, pág. 205-220.
- Dietz James (1993), "Commentary", en Marc R. Tool (ed.), Institutional Economics: Theory, method, policy, Kluwer Academic Publishers, Boston.
- Dixit Avinash (1992), "Investment and Hysteresis", Journal of Economic Perspectives, vol. 6, no. 1, págs. 107-132.
- Dugger William M. (1987), "Power: An Institutional Framework of Analysis", en Randy Albelda, Christopher Gunn, y William Waller, Alternatives to Economic Orthodoxy, M.E. Sharpe Inc., Armonk, N.Y.
- Dugger William M. (1995), "Douglas C. North's New Institutionalism", Journal of Economic Issues, vol. 29, no. 2, junio, págs. 453-458.
- Georgescu-Roegen Nicholas (1971), The Entropy Law and the Economic Process, Harvard University Press, Cambridge.
- Hayden F. Gregory (1993), "Institutionalist Policymaking", en Marc Tool (ed.), Institutional Economics: Theory, method, policy, Kluwer Academic Publishers, Boston.
- Hodgson, Geoffrey (1995), "Varieties of Capitalism from the Perspectives of Veblen and Marx", Journal of Economic Issues, vol. 29, no. 2, junio, págs. 575-584.
- Hoksbergen Roland (1994), "Postmodernism and Institutionalism: Toward a Resolution of the Debate on Relativism", Journal of Economic Issues, vol. 28, no. 3, septiembre, págs. 679-713.
- Landreth Harry y Colander David (1994), History of Economic Thought, Houghton Mifflin Co., Boston.

- Radzicki Michael J. y Sterman John D. (1994), “Evolutionary Economics and System Dynamics”, en Richard W. England (ed.), Evolutionary Concepts in Contemporary Economics, The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Ranis Gustav (1995), “Another Look at the East Asian Miracle”, The World Bank Economic Review, vol. 9, no. 3, pág. 509-534.
- Resnick Stephen y Wolff Richard (1994), “Rethinking Complexity in Economic Theory: The Challenge of Overdetermination”, en Richard W. England(ed.), Evolutionary Concepts in Contemporary Economics, The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Samuels Warren y Schmid Allan (1994), “An Evolutionary Approach to Law and Economics”, en Richard W. England (ed.), Evolutionary Concepts in Contemporary Economics, The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Samuels Warren (1995), “The present state of institutional economics”, Cambridge Journal of Economics, vol. 19, no. 4, agosto, págs. 569-590.
- Setterfield Mark (1993), “A Model of Institutional Hysteresis”, Journal of Economic Issues, vol. 28, no. 3, september, págs. 755-774.
- Shuklian Steve (1995), “Marx, Dewey, and the Instrumental Approach to Political Economy”, Journal of Economic Issues, vol. 29, no. 3, september, págs. 781-805.
- Simon Herbert (1957), Models of Man, John Wiley, New York.
- Tool Marc (1987), “Value and its Corollaries”, en Albelda Randy, Gunn Christopher y Waller William (ed.), Alternatives to Economic Orthodoxy, M.E. Sharpe, Armonk, N.Y.
- Veblen Thorstein (1934), The Theory of the Leisure Class, Modern Library, New York.